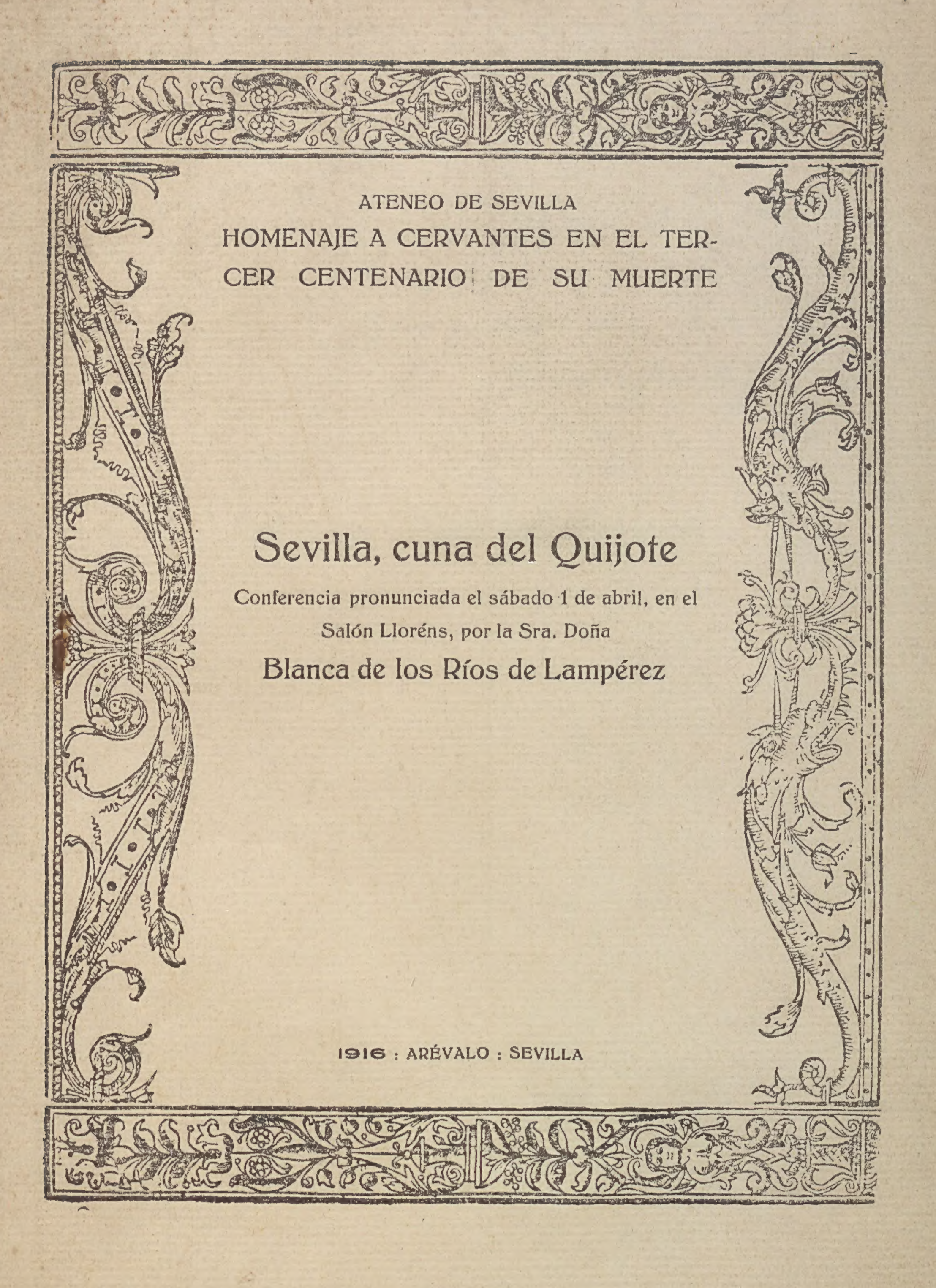


ATENEO DE SEVILLA

HOMENAJE A CERVANTES EN EL TERCER CENTENARIO DE SU MUERTE

Sevilla, cuna del Quijote

Conferencia pronunciada el sábado 1 de abril, en el Salón Lloréns, por la Sra. Doña

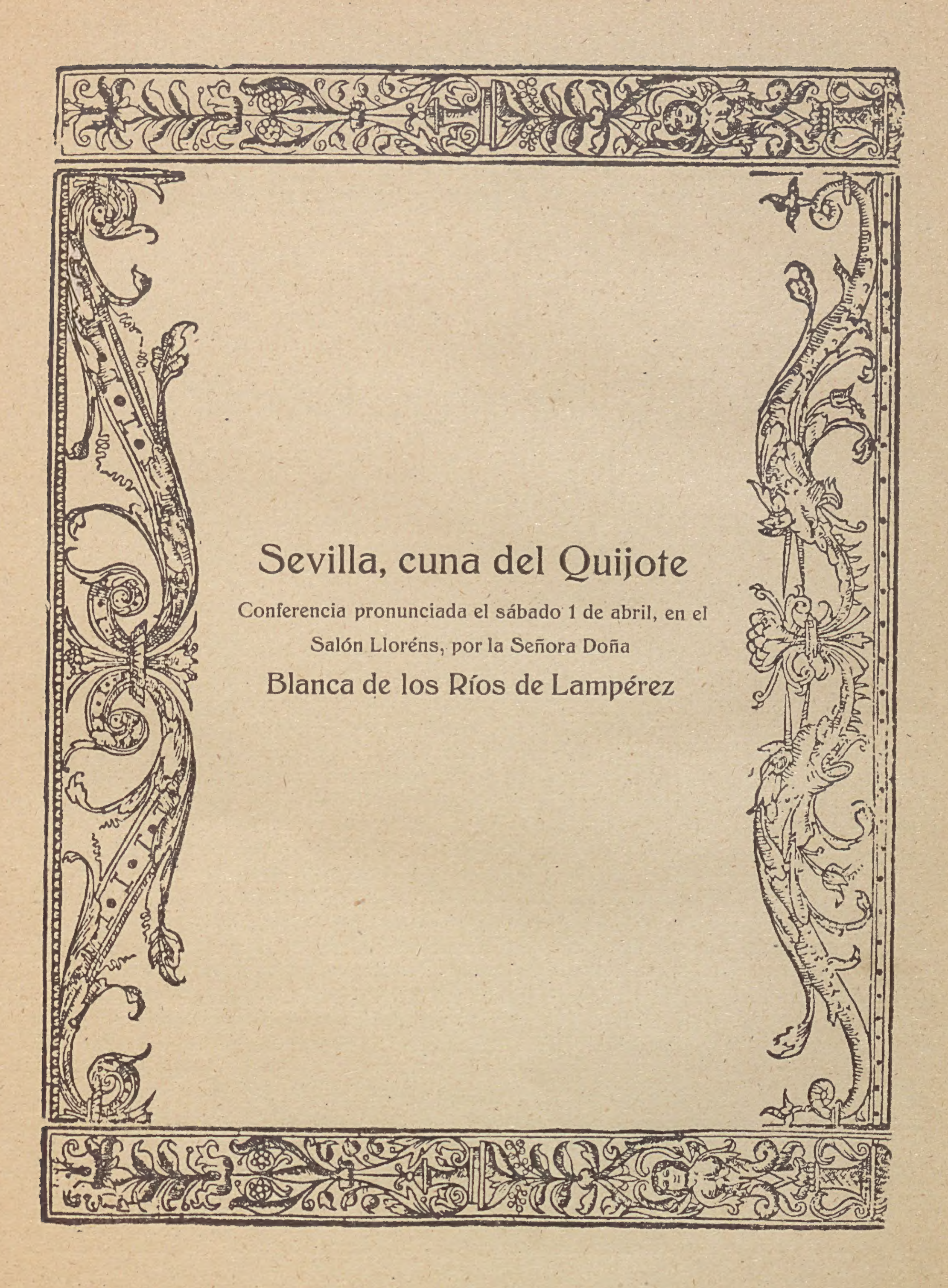
Blanca de los Ríos de Lampérez

1916 : ARÉVALO : SEVILLA

A Santiago Montoto, ilustre escritor é inspirado poeta, su admiradora y amiga devotísima y siempre obligada

Blanca de los Ríos de Lampérez.

SEVILLA, CUNA DEL QUIJOTE



Sevilla, cuna del Quijote

Conferencia pronunciada el sábado 1 de abril, en el Salón Lloréns, por la Señora Doña

Blanca de los Ríos de Lampérez



"Sevilla, cuna del Quijote"

SEÑORAS, SEÑORES:



EBO mis primeras palabras al Ateneo Sevillano, cuya benevolencia me trae a los brazos de la Madre patria en ocasión tan solemne como la de celebrarse el tercer centenario de la muerte de Cervantes, fecha gloriosa en la historia de la Humanidad, fecha gloriosísima para España, que por tantos títulos ocupa el lugar más excelso en la historia del espíritu humano. Sí, el lugar más excelso, no sólo porque a la gran madre nuestra le fué dado cumplir la mayor empresa humana en el descubrimiento de América, sino porque la cumbre suprema de la espiritualidad, la que más acerca el hombre a Dios, es la de la creación estética, y a la cumbre de esa cumbre subieron en mayor número y subieron más alto que los hijos de ningún pueblo los hijos de la augusta España. Y a la vez que rindo gracias al Ateneo Sevillano por esta merced tan grande como inmerecida, he de felicitarle entusiastamente por su noble resolución de honrar a Cervantes, a pesar de la suspensión de las fiestas oficiales del Centenario, que, puesto que la hora solemne llega y no podemos detener con la mano la aguja que ha de señalarla, mereceríamos dejar de ser españoles si oyésemos tal hora con indiferencia de abúlicos y degenerados. Vuestra resolución, ilustres ateneístas sevillanos, como la del Ateneo de Madrid, es gallardo arranque de españolismo. ¡Así, no con apocados retraimientos, se afirma el sentido de la raza y se continúa la historia nuestra!

Cuando, hace poco más de un siglo, España se redujo y se aferró a un jirón de tierra andaluza que las olas parecían empeñadas en arrancar al Continente, cuando toda Europa hasta el puente de Zuazo, era de Napoleón, entre el puente de Zuazo y el mar se refugió la impavidez española; allí juntó Cortes, celebró triunfos, estrenó tragedias y sainetes bajo las bombas de Soult,

que una copla andaluza condenó a ridículo eterno, y aquella estoica serenidad, aquella fe en la patria, salvó la nacionalidad española.

Hoy, no un rincón andaluz, España entera es isla de paz en medio a la trágica locura de muerte que arrebata la Humanidad como viento apocalíptico, y en este remanso de cordura y de concordia, España se levanta al nivel de su historia para evocar al creador del loco sublime que en la broncínea aleación de un símbolo eterno condensó el pasado heroico, y no sólo el pasado, el espíritu de nuestra estirpe de ensoñadores de prodigiosas hazañas, de amparadores de todo desvalimiento, de locos por el divino ideal irrealizable.

¡Qué lejos la Humanidad actual de tales aspiraciones! ¡Y cuánto la superaban los que corrían tras el fantasma azul de un ensueño; los que enloquecían con la magnífica locura conquistadora, justiciera y redentorista de *Don Quijote*, o con la celeste locura del divino amor, como Santa Teresa!

¡Días grandes en que las almas imperaban sobre las fuerzas ciegas del instinto y la materia y abrían en toda su magnitud las poderosas alas que Dios les puso para escalar toda cumbre!

Hoy la codicia aliada al odio han limado pérfidamente las cadenas que ataban a Prometeo a su roca del Cáucaso, y el mito de las fuerzas materiales rebeldes al cielo se revuelve con fragor de mil tempestades, haciendo retemblar los cimientos del Planeta. Y el alma, el divino huésped del polvo deleznable, es una mísera esclava de las fuerzas de la materia desencadenadas por el mundo para exterminar a los débiles y auxiliar a los fuertes en la generosa empresa de su endiosamiento terrenal. Es la caballería andante vuelta del revés, el triunfo del fuerte sobre el débil, la masa aplastando al individuo, el héroe suplantado por la máquina, el desvalido triturado por el poderoso: ¡la antítesis de Don Quijote!

«¡Soñemos, alma, soñemos!»

Volvamos por un día, por una hora, a los tiempos felices en que del cerebro de un soldado que mancó «en la ocasión más alta que vieron los siglos», surgió el glorioso símbolo de la locura por el ideal, del amparo al oprimido, de la inmolación sublime de la vida en defensa de la justicia o la flaqueza.

Cuando el mundo recobre la cordura y la serenidad, volverá a rendir culto de admiración a ese semidiós estético que culmina por sobre las crestas milenarias, en la cumbre fulmínea de las creaciones de arte. Entretanto, vengo a recordar con vosotros que el misterio de belleza de la generación de ese excelso mito se cumplió aquí en esta tierra amada del sol y de la Poesía.

Y no fué caso insólito, no fué capricho de la ciega fortuna la suprema gloria de que la mayor creación que surgió de cerebro humano viniese a producirse aquí en Sevilla; era el cumplimiento de una ley, la continuidad del asombroso curso de grandezas que forman la historia de la madre Andalucía.

¡Tierra del sol, sede de la sapiencia, cuna de la Poesía, sagrario de la Fe, templo del arte, morada de la Primavera, Romancero de la hidalguía, relicario de la tradición; ¡Sevilla! ¡Madre! ¡deja que al volver a ti tras de ausencia tan larga y en vísperas, tal vez, de la eterna, recuerde en palabras que estallen a la explosión del entusiasmo y de la represada ternura, tus glorias de que nos gloriamos y tus grandezas de que nos engrandecemos cuantos tenemos el orgullo de llamarnos tus hijos!

Diríase que Dios quiso privilegiar, entre todas, a esta tierra nuestra, hermana de la luz y madre de la belleza, según se complació en entallarla al límite de Europa, ceñida por el abrazo de dos mares, frontera al Africa, señalando el camino al mundo que había de ser nuestro, como predestinada a ser lazo geográfico y nexo moral de tres Continentes.

Abierta de costas, tendida de llanuras en que la fecundidad volcó sus ánforas inexhaustas, empinada en sierras misteriosas, abruptas, legendarias, que como Sierra Morena, con sus greñudas frentes coronadas de pinos y de rocas donde se despuntan los haces de los rayos, en sus grutas y frondas apretadas y en sus ásperas vertientes y despeñaderos, guardan consejas y fantasmas de bandidos heroicos y salvajes, de guerreros golfines auxiliares de la Reconquista, y románticas tradiciones como la que engendró el *Don Alvaro;* o de altas sierras tocadas de blanca nieve, como las Alpujarras, teatro de la epopeya de los moriscos, o como aquella deslumbrante Sierra Nevada, donde se tornan en hebras de iris los cabellos del sol para caer en ola apoteósica sobre la roja colina donde un pueblo ensoñador iba a levantar un alcázar de gemas orientales destrenzando por sus estancias y jardines el raudal de plata del Darro; en regiones de oasis como la costa granadina, más rica en contrastes que la *Riviera*, y donde hay lugares de tan insuperable hermosura como el Peñón de Salobreña, y donde frente a las nieves de Mulhacén crecen cañaverales y algodoneros; donde hay ciudades de tan romántica belleza como Ronda, enriscada sobre el formidable Tajo, a cuyo fondo borbota y amenaza, engargantado, el Guadalhorce; ciudades de paradisíaca hermosura como Málaga, donde Mayo anida entre espumas y rosas; como Cádiz, blanca perla que parece desleirse al sol en la líquida esmeralda del mar; ríos de égloga y de idilio, como el Guadaira, que fluye entre mirtos y adelfas, como los ríos de Grecia la divina; ríos de ensueño y de epopeya, como nuestro Guadalquivir, que, derivando por entre mieses de oro o verdes viñedos que destilan líquido sol, se lleva al mar la imagen de la más bella y gloriosa de las ciudades: Sevilla.

Pero si es cierto que hay una belleza superior a la propia belleza del paisaje; si es cierto que la hermosura de la Naturaleza es sólo fondo, escenario que Dios creó para el supremo actor de tal teatro; si la misma augusta soledad de bosques y montañas, de llanuras y de mares aparece baldía, anónima, muerta cuando no la sella la presencia del hombre, cuando no la consagra la impronta de sus heroísmos, de sus martirios, de sus amores; si es cierto que por encima de la geografía material está la geografía histórica, y más aún la geografía estética, y más que todas la geografía moral del mundo, decidme qué pueblo de la tierra, después de Palestina, supera en grandeza histórica, estética y moral a nuestra madre Andalucía, donde se cumplieron los hechos más grandes del pasado.

Sin retroceder al crepúsculo préhistórico, aunque ya desde él pudiéramos ver a nuestras gentes culminando sobre las extrañas e imponiendo al arte advenedizo de aventureros y mercaderes fenicios o griegos el sello de su estética propia que produjo al arte heleno-ibero, bástenos recordar los días de la dominación romana en que España, Andalucía, por alto fuero espiritual, se impuso a la Señora del mundo y dió a Roma todo un ciclo poético: la *edad de plata* de aquella literatura, que fué toda española y capitalmente andaluza, no ya por la copia y valor de sus cultivadores, sino por la verdadera dictadura que los Sénecas ejercieron en Roma y por el alcance y trascendencia de poetas como Lucano.

Y obsérvese que en Séneca y en Lucano estaban ya, no en potencia, no en germen, en pleno desarrollo los caracteres étnicos de nuestro genio nacional, que tiene más raíces y más savia andaluza de lo que antes se creía.

Ya Menéndez y Pelayo señala en la *Farsalia* de nuestro Lucano no sólo el tipo de la epopeya histórico-política ofrecida a la imitación moderna, sino un poema novísimo, sellado con las cualidades más propias de nuestra gente: «poema sin dioses ni ciudad romana, pero henchido de misteriosos presentimientos románticos», que parecen augurios de lo mejor de nuestro teatro trágico-prestigioso y con razón hacen decir a Menéndez que «no fué ingeniosidad de la crítica el suponer que no ya el arte de Góngora, sino el arte de Víctor Hugo, se hallaban en él en germen».

En pleno imperio romano descollaba, pues, fuerte y dominadora, la mentalidad andaluza,

dueña de cuantas virtudes integran el genio español: de la prodigalidad colorista, del sentido de lo pintoresco, del alto tono enfático y solemne y, sobre todo, del señorío de lo prestigioso y del sentimiento romántico que iba a ser alma de nuestro arte.

Espíritu y luz de la España visigótica fué nuestro gran Isidoro de Sevilla, que encarnó todo el saber del siglo VII, y en cuya magna enciclopedia, como en arca sagrada, se salvó del diluvio medioeval todo el tesoro de la erudición latina; y de L'ARDENTE SPIRO D'ISIDORO, que dijo Dante, siguió alentando la mente hispana del siglo VIII al IX, y aquel esplendor de nuestra ciencia, aquella luz surgida de nuestra Sevilla, traspuso el Pirineo e iluminó la Corte de Carlo-Magno.

Y el influjo de nuestro saber y de nuestra mentalidad indígena, andaluza sobre todo, fué luz de la civilización hispano-arábiga.

Y no es hipérbole de poeta, sino bien fundada tesis de historiador tan sabio y concienzudo como don Julián Ribera, la que señala a nuestra región como oriente de la moderna poesía, al descubrir en los primitivos historiadores musulmanes de la Península «las huellas de una poesía épica romanceada que debió florecer en Andalucía en los siglos IX y X». De suerte que aquí, en Andalucía, despuntó el sol poético de la Edad Media, ya que dicho historiador tiene por indudable que fueron los andaluces los que hicieron literaria la lengua nacional antes que otros pueblos latinos de Europa, añadiendo: «Este solo hecho es bastante para que España ocupe un primer lugar en los orígenes del renacimiento literario de Europa en la Edad Media [1]. ¡Qué decir de la Sevilla de Alfonso X, donde la sabiduría heredaba el trono que consagraron la victoria y la santidad, donde el Rey poeta, historiador, legista y astrónomo, rodeado de una Corte de trovadores de Provenza, de Galicia y Portugal, de maestros en Derecho, saber DE NATURA, artes liberales y MESTER DE CLERECIA, juntó los dispersos ríos de las crónicas en la GRANDE E GENERAL ESTORIA», epopeya disuelta [2] en la primera prosa narrativa castellana; dictó el FUERO y las PARTIDAS; trajo a nuestro romance la prestigiosa ciencia astrológica de árabes y caldeos, y con fe de primitivo engarzó en sus CÁNTIGAS DE SANTA MARÍA, llamadas por Menéndez y Pelayo «Biblia estética del siglo XIII», todo el sartal de perlas de la leyenda áurea medioeval! En aquella esplendorosa Sevilla donde los artistas tudescos transplantaban la mística flor del arte Gótico [3], mientras en las manos de los alarifes mudejares crecía el más nacional de los estilos; la colonia europea que, al decir de los historiadores [4], desde la dominación musulmana pululaba por nuestra región andaluza, acrecida en los días de la Conquista por la flor de los caballeros leoneses, castellanos, gallegos, catalanes, aragoneses, portugueses, provenzales y aun ingleses, que seguían a Fernando III, y por verdaderas legiones de mercaderes y artífices franceses, lombardos, venecianos, genoveses y placentines que en el repartimiento de la Ciudad obtuvieron barrios y calles que aún llevan sus nombres, aumentó prodigiosamente hasta convertirse en la creciente cosmópolis que en el siglo XVI iba a asumir de hecho la capitalidad de España.

A través de España, singularmente de Andalucía, y de la cultura de Alfonso X, cuya sede era Sevilla, el cuento y el apólogo oriental que, transmigrando del Indostán al Irán y a Siria, vinieron a empapar las raíces de nuestra fantasía a favor de la DISCIPLINA CLERICALIS, y desde el CALILA Y DIMNA y el SENDEBAR, trasladados a nuestro romance por mandato de Alfonso X y de su hermano Don Fadrique, derramáronse por Europa, penetrando en los FABLIAUX franceses, alcanzando al DECAMERONE y a los NOVELLIERI italianos, inspirando comedias a Lope, sugiriendo a Calderón LA VIDA ES SUEÑO y a Voltaire su ZADIG; así el apólogo de la India, transmitido por nosotros a Europa, como Menéndez y Pelayo observa, «ha tenido más parte en la educación del mundo que el mismo apólogo clásico, la fábula esópica» [5].

¡Siempre la luz partiendo de nuestro cielo!

Y también por Andalucía penetró el Renacimiento en España mucho antes que en Francia, ya que como el Maestro dice: «Dante hace su entrada triunfal por el río de Sevilla, en com-

pañía de su fidelísimo Micer Francisco Imperial (6).» Fueron nuestros poetas de la escuela de Sevilla: Imperial, Rivera, Talavera y Medina, los que incorporaron a nuestras letras el mundo alegórico de Dante, los que, luchando con la lengua y con la rima, forjaron un habla poética y abrieron el camino a los Manriques y Santillanas, por quienes nuestro siglo XV se adelantó en más de cien años a la cultura francesa. Otro poeta nuestro, heredero de Lucano y precursor de Góngora, Juan de Mena, elogiado por Cervantes (7), sintió, como los secuaces de Micer Francisco Imperial y como adelante Góngora y Herrera, el ímpetu nativo en nuestra gente a crear una lengua poética, infundió al habla arrojo, calor y musicalidad andaluza, erigióse en poeta nacional del siglo XV y personificó toda una edad de la poesía castellana, la que une la Edad Media con el Renacimiento.

De playas andaluzas partieron los descubridores del Nuevo Mundo; andaluces eran casi todos aquellos inmortales, y fué un andaluz, un sevillano, Rodrigo de Triana, el primero que al grito de «¡Tierra!» saludó la aparición de otro Continente y señaló una nueva edad del Mundo.

Andaluzas fueron, en su mayor número, las masas homéricas de colonizadores y pobladores de la tierra nueva, los misioneros y los poetas que impusieron a América nuestra habla cantante y ceseosa, cuya cadencia suave y cuyos maternos provincialismos sellan gloriosamente el habla de toda Hispano-américa. Andaluza como el habla era la arquitectura que en casas y templos, monasterios y universidades de la América española conserva la impronta del mudejarismo o del barroquismo de nuestra región, y repitiendo nuestras iglesias y reproduciendo nuestras casas, todas patios, rejas y azoteas soleadas y floridas, prolonga más allá del Atlántico la vida y el alma de nuestra gran madre.

No era mucho que en Andalucía, donde alboreó el Renacimiento, donde había de nacer el Romanticismo en la casa gaditana del matrimonio Bölh de Faber, donde iba a surgir la novela regional bajo la pluma de *Fernán Caballero*, y a resucitar la gran novela castiza en manos de don Juan Valera, naciese también con el *Quijote* nuestra novela nacional y la creación más grande que surgió de humano cerebro.

Escrito estaba, sin duda, que en la opulenta Sevilla del Renacimiento, emporio del comercio intercontinental, desembarcadero del oro de las Indias, ancho asilo de aventureros y de pícaros, *Chipre* y *Babilonia* del hampa y de la valentonería, hondón de la rufianesca, fastuosa corte del ocio, del arte y del amor, cosmópolis tumultuosa y verdadera cabeza de España, cuando España era señora de dos mundos; aquí donde bebieron a nuestro sol las lumbres que caldearon su genio Montañés, Velázquez y Murillo, recibieran Lope, Tirso y Cervantes sus más altas inspiraciones y se vistieran de carne inmortal dos de los más grandes mitos que la Humanidad ha engendrado: *Don Juan* y *Don Quijote*.

Aquel violento alternar, como de sombraluz, de la romántica tradición con la opulenta realidad sevillana, del orgiástico lujo del sol y el estruendoso zumbar y desbordarse de la vida orillas del río y por el centro de la ciudad, con el prestigio de las angostas encrucijadas sumidas en misterio y pobladas de apariciones y fantasmas, sugirió al genio dramatizador de Lope dos grupos de obras que retratan la doble faz de la Sevilla renaciente: la animada vida popular y la desgarrada vida picaresca en *El rufián Castrucho* y *El Arenal de Sevilla*, y la vida tradicional y legendaria en *La estrella de Sevilla* y en el ciclo de comedias en que interviene el Rey Don Pedro, encarnando en una de éstas, en *La niña de plata*, el más bello de los tipos regionales, la *Mocita sevillana*, la casta y luminosa *niña* andaluza que el pincel de Murillo iba a levantar a suprema gloria.

En aquel ambiente de ensueño y por aquellas medrosas encrucijadas vió Tirso relampaguear, ante las lámparas de los retablos, el quimerista acero del seductor *Don Juan*, y vió resbalar, fatídico y siempre insomne y rondador, el trágico espectro de Don Pedro, alma romántica de Sevilla.

Y de la potente sugestión de la vida andaluza que Cervantes observó con ojos de altísimo poeta en todos sus aspectos, en los campos, en los caminos, en las aldeas, en las ventas, mesones y posadas, en los mercados, en los tugurios y hasta en las cárceles, surgió la novela realista; y surgió como término entre lo fantástico y lo viviente, entre el mundo caballeresco y el contemporáneo, entre el ideal y la vida: el *Quijote*, que fué el último de los libros de caballerías y la primera y más grande de las novelas modernas.

Nadie ignora que en el prólogo a la primera parte del gran libro declara su inmortal autor que *Don Quijote* «se engendró en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación»; y puesto que esta cárcel no pudo ser, como infundadísimamente se creyó, la de Argamasilla de Alba, donde ni hay memoria de que Cervantes estuviese nunca y ni siquiera había cárcel en aquel tiempo; y puesto que Cervantes estuvo dos veces preso en la Cárcel Real de Sevilla, la una en 1597 y la otra en 1602, claro es, y cada vez aparece más evidente, que a la Cárcel de Sevilla se refiere la declaración del prólogo, que viene a ser como la fe de nacimiento de *Don Quijote;* y hasta el encarecimiento de la incomodidad y del ruido parecen caracterización de aquella prisión famosa que Santa Teresa comparó con el Infierno (8).

La Cárcel Real de Sevilla, vertedero de las heces sociales de aquella capital de dos mundos, érase la más pintoresca provincia del mapa de la picaresca, el más rico museo del matonismo y de la bravuconería, formas degenerativas en que, bajo el influjo enervante de este sol y entre codicias del oro indiano, que aquí rodaba sin tasa, y del vicio y el cohecho desbordados, comenzaban a descomponerse el robusto valor y las generosas virtudes de la raza. ¡Qué texto vivo para legisladores, filósofos y penalistas! ¡Qué arsenal de tipos, de escenas, de asuntos de tumultuoso y bárbaro dinamismo para la pintura y la novela, aquella enorme clínica de espíritus que allí donde más recio pulsaba la vida de la magna urbe, mostraba abierta y palpitando las entrañas del gran cuerpo social mordido por negro cáncer!

«A boca de la calle de la Sierpe», descollando sobre el enano caserío y coronada por las estatuas de las virtudes cardinales, entre las que culminaba la de la Justicia, con la espada desnuda en la diestra y la equilibrada balanza en la siniestra, alzábase la Cárcel Real, edificio noble e imponente al exterior, que en su plan y economía, con sus dependencias de filiación y administrativas judiciales, penitenciarias, sanitarias, religiosas y de trabajo, contenía el esbozo de un buen sistema penitenciario, que el mal gobierno y la pésima administración, que no eran sino complicidad de carceleros con encarcelados, convertían en escuelas prácticas de cohechos, violencias, vicios y depravaciones. Como que allí todo se compraba y se vendía, desde la conciencia del alcaide, que alquilaba a los reclusos adinerados sus propias habitaciones, y la de los porteros, que cotizaban aun la respiración de los penados y la entrada y salida de sus daifas y compinches, y el derecho a pernoctar fuera de la cárcel, hasta la bazofia y el vinazo de los bodegones y tabernas del patio, y el silencio que encubría las puñaladas en que acababan las reyertas junto a las *tablas del juego*, y el disfrute de la frazada roñosa y el lacio petate plagado de parásitos. *De oro*, *de plata* y *de cobre* llamaban significativamente a las puertas que llevaban a mejor o peor encierro, según el precio del metal que las abría; *cámara del hierro*, al calabozo de los fieros y *matantes;* y los nombres de los *ranchos: traidor*, de los bravos, de *la tragedia, pestilencia, miserable, casa de meca y lima sorda*, parécenlo de otros tantos capítulos de la Crónica del hampa andaluza.

Aquel abreviado infierno que tuvo sus historiadores en Cristóbal de Chaves y el P. León, sus poetas, entre los que descuellan Alonso Alvarez de Soria y don Cristóbal Flores Alderete, y alcanzó dramatizadores como el propio Lope de Vega, ejerció singular influjo en la novelística española.

En aquel *spoliarium* moral, en aquellas revueltas *zahurdas de Pluton*, en aquella clínica

psicológica, adquirió desde niño Mateo Alemán su gran dominio de la vida rufianesca, de las artes de la tahurería y del copioso léxico de los germanes. Alemán, que, como hijo del médico de la cárcel sevillana, puede afirmarse que se crió a los pechos de aquella célebre universidad de la picardía, de hombre padeció en ella más de una reclusión, en 1580 y 1602, y en este último año, sin duda mientras él escribía allí su *San Antonio de Padua*, Cervantes creaba, dentro de los mismos muros, su *Quijote*. ¡Extraño y ejemplarizador paralelismo el que la vida estableció, como burlando, entre noveladores al parecer tan coincidentes y en realidad tan contrapuestos! Alemán y Cervantes nacieron en el mismo mes y año, en Septiembre de 1547, y fueron bautizados con once días de diferencia; ambos eran de familia andaluza, aunque Cervantes naciera en Alcalá y Alemán en Sevilla; ambos hijos de médicos—filiación no indiferente tratándose de novelistas—, uno y otro vivieron vida errante y aventurera, uno y otro tuvieron por cátedra de anatomía social las cárceles, los dos copiaron los mismos modelos, a la misma luz y dentro del mismo ambiente, y, sin embargo, entre Mateo Alemán y Miguel de Cervantes media el mismo infinito moral que separa, no ya a *Don Quijote*, a las *Novelas ejemplares*, del *Pícaro*, pues bien dijo Menéndez y Pelayo que «Alemán era tan diverso de Cervantes, en fondo y forma, que no parece contemporáneo suyo, ni prójimo siquiera.»

La vida negra desgarrada del hampa, que halló en Mateo Alemán un disector amargo y pesimista, logró en Cervantes un pintor de egregia estirpe española, de los que, como Tirso y como Velázquez, al tocar la más vil o monstruosa realidad, la envuelven en plateados velos de aire, penetrados por el doble esplendor del sol y del júbilo espiritual de los elegidos y supremos artistas, que todo lo ennoblecen y transfiguran.

Volviendo a nuestro objeto, diré que aunque el *Quijote* no hubiera sido engendrado, y escrita su primera parte, en la cárcel de Sevilla, lo indiscutible, lo que ha sido demostrado con documentos notariales y con documentos estéticos y filológicos por los siguientes cervantistas, Pérez Pastor, Asensio y Rodríguez Marín, es que el *Quijote*, y no sólo él, toda la magna obra de Cervantes, su novela realista, el mayor monumento literario del Renacimiento, fué producto del consorcio del alma y de la vida de Cervantes con el alma, la vida, el ambiente, la luz y el habla de nuestra tierra andaluza en los días más prósperos y opulentos de su historia.

Gloria de la investigación moderna es el haber reconstituído, casi día por día, la vida de Cervantes, su oriundez andaluza, cordobesa, sus largas estancias en esta región, y el haber demostrado la poca o ninguna relación de Cervantes y de *Don Quijote* con la Mancha real y geográfica; gloria de Menéndez y Pelayo el haber evidenciado los elementos que informaron la cultura del padre de la Novela; gloria de Rodríguez Marín el haber revelado rasgo por rasgo, palabra por palabra, el andalucismo de Miguel de Cervantes. Y es verdadera conquista de la erudición y de la crítica españolas el que hoy podamos asomarnos a los cauces de la generación intelectual y ver, con goce semejante al de mirar el giro magnífico de los astros en el cielo, el camino que trajeron las ideas, las remembranzas, los espejismos y reminiscencia de cosas vistas o leídas, el súbito despuntar de las propias inspiraciones y el armonioso asociarse de aquel polvo de estrellas hasta integrar en la mente del sumo escritor un mundo nuevo: el *Quijote*, donde se condensan y armonizan todas las anteriores formas literarias y todos los géneros cultivados por Cervantes, ya lo evidencia Menéndez y Pelayo al mostrar cómo la novela pastoril revive en los episodios de Marcela y Grisóstomo y de Basilio y Quiteria, y la sentimental, «cuyo tipo castellano fué la *Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro, explica mucho de lo bueno y lo malo que contienen» los retóricos amoríos de Cardenio, Luscinda y Dorotea, y «la novela psicológica se ensaya en el *Curioso impertinente;* la de aventuras contemporáneas tiene en el *Cautivo* y en el generoso Roque Guinart insuperables héroes de carne y hueso»; y a través de aquellas páginas supremas oye el Maestro zumbar, como enjambres de abejas de oro, con la anónima voz enorme del Romancero, «versos de Garcilaso, reminiscencias de Bocaccio y del Ariosto [9]».

¡Cuán engañados los que suponen que las obras-cumbres, las obras-madres que la Humanidad ha producido surgieron en un relámpago de inconsciente inspiración! No; las espumas no cristalizan en diamantes, las improvisaciones no perduran. Lo que sí tiene mucho de súbita iluminación, de milagrosa videncia, es el hallazgo de una de esas criaturas de artes destinadas a condensarse en el eterno bronce de un símbolo. Aun así, no nacen perfectas y acabadas—si así nacieran no serían creaciones—, pero surgen de la mente con tan arrolladora fuerza de vida, que el autor, a la vez enamorado y sorprendido de su maravillosa criatura, la modela con delectación entre sus manos, transfunde su propia sangre por sus venas e insufla en su boca el alma de su alma. Así produjo Cervantes a *Don Quijote*.

La creación insólita, la aparición del mito sin par ante los ojos de Cervantes, la concepción de *Don Quijote*—procediera, o no, de modelo real – fué, sin duda, súbita, como relámpago de creadora lumbre. Pero la preparación a la magna obra, el gran curso de experiencias vividas, el profundo estudio de naturaleza viva, de iconografía, de anatomía y de psicología social, realizólo Cervantes en el mismo texto en que leyó de psicología experimental Santa Teresa: en el gran libro abierto de la vida.

Fué que Cervantes, en las comisiones para el abastecimiento de la Armada, como Santa Teresa en la dura obra social de su Reforma, recorriendo caminos y lugares, en contacto o en lucha abierta con gentes de la más varia especie y condición social, bebieron en las cálidas fuentes de la vida aquel fuerte jugo de humanismo que empapa las páginas inmortales de los dos mayores maestros de la prosa y del habla castellana.

Sólo después de estas fecundas inmersiones en la vida, después de estas costosas experiencias de la realidad, se producen las obras grandes e imperecederas.

Y que la obra magna y definitiva de Cervantes procedió de su estrecho abrazo con la palpitante realidad en nuestra tierra, la más propicia a la generación estética, pruébalo el curso mismo de la producción cervántica, que empieza en una novela pastoril, *La Galatea*, y acaba en una novela de aventuras fantásticas y de imaginaria geografía, el *Persiles*. Entre la primera obra, producto de un género falso, y la última, regresión a un género muerto, la novela grecobizantina de aventuras extravagantes (10), brotó en tierra andaluza, y del consorcio con la vida, la producción propia, legítima, personal de Cervantes, aquella en que el magno escritor se encontró a sí mismo, la que decidió su vocación y le condujo a su cumbre gloriosa, alcanzada después, en la segunda parte del *Quijote*.

Cierto que Cervantes, para ser Cervantes la representación completa de la literatura de su tiempo, debió escribir *La Galatea*, obra de un género, aunque falso, no exento de bellezas y poesía, que abrió horizontes ideales a la fantasía del padre de la Novela, y debió escribir el *Persiles*, no tan bien estimado como merece y que contiene algunas páginas imperecederas; pero cierto también que si Cervantes hubiera escrito sólo *La Galatea* y el *Persiles*, no sería Cervantes. El Cervantes de la inmortalidad se reveló, se modeló, se formó entero en Andalucía.

Diríase que el sumo poeta, como el anteo de la fábula, cobró nueva y eterna vida al tocar en esta tierra de su oriundez, de su infancia, de sus experiencias, de su plenitud gloriosa, en la que Menéndez y Pelayo llamó definitivamente «patria de su espíritu y campo de su observación».

Basta conocer hasta dónde fué Cervantes andaluz de origen, de alma, de cultura literaria y de lenguaje, basta reconstituir sus estancias en esta tierra para ver la enorme faz luminosa de nuestra región proyectarse como la imagen en el espejo, en la soberana obra de Cervantes. Más de veinticinco años pasó Cervantes en Andalucía, diez en la infancia y primera juventud—desde antes de 1555 a 1565—cuando se graban en la mente y en el alma la visión y la impresión de las realidades externas, cuando se forma el habla y se fijan en la retina el color y la luz ambientes, cuando se modela y se cuaja la personalidad; y quince años—de 1587 a los comienzos de 1603—en la edad madura, a la hora de la producción definitiva, en vísperas de crear el *Quijote*.

Y estos quince años que precedieron a la redacción de la magna obra, viviólos Cervantes cursando psicología social en los textos vivos, aprendiendo en la gran escuela de la experiencia aquella amplia ciencia de la vida que iba a hacerle maestro y padre de la Novela.

En la romántica, varia y errante existencia del soldado de Lepanto faltaba un gran capítulo realista, un duro y largo curso de psicología y sociología experimental, sin cuya costosa enseñanza no hubiera asumido el creador de la Novela, como la asumió el creador del Teatro, la representación de aquel siglo de Proteos, de hombres—síntesis y legión de multiplicidad milagrosa, de contradictorias aptitudes, de resistencias broncíneas, de flexibilidades sobrehumanas—; y ese capítulo realista, ese rudo curso experimental, tocóle a Cervantes vivirlo a través de la rica y feraz Andalucía en el período más animado, floreciente y pintoresco de su historia.

De lugar en lugar, de vereda en atajo, de camino en mesón; ejerciendo el impopular oficio de la saca del trigo y del aceite para el aprovisionamiento de la Real Armada; habiéndoselas con trajinantes, arrieros, bagajeros, corchetes, alguaciles y corregidores, con rústicos estólidos o maliciosos, o con redomados truhanes; estrujando bolsas de labriegos, vaciando graneros de acaparadores, espantando el sueño a los ricachos de aldea, condenando las almas de los avaros y usureros, concitando protestas y rechiflas de rústicos y villanos, padeciendo injusticias, encarcelamientos y excomuniones, así se forjó en la adversidad y se enriqueció de preciosas experiencias y observaciones el mayor escritor del mundo.

Cabalgando en trasijado rocín por los polvorientos caminos, sesteando a la fresca sombra de las arboledas, apeándose en los patios o corrales de las ventas, entre el estiércol y el abrevadero de las caballerías; parando en los fétidos y ahumados aposentos de los mesones, entre las zambras o las reyertas de bravos, rufos y arrieros, o entre el gárrulo parlar de daifas y maritornes; llegando aquí al espumar de las pantagruélicas ollas de Camacho, compartiendo allí con cabreros y gañanes el puñado de bellotas o el dornillo de blanca y espumosa leche, topando acá con las sartas de desalmados galeotes, más lejos con el estudiantón trashumante o con el muchacho a quien la necesidad lleva a la guerra, halló el novelador futuro a los humildes pobladores del *Quijote*, gentes de paño pardo, de vida aventurera o errabunda, de burda o taimada condición.

Y en aquel chocar de la malicia y sordidez villanas con la alteza moral de un superior espíritu, estaba ya en germen el *Quijote*: quien no hubiera vivido aquella lucha de entre positivismo y ensueño, no hubiera alcanzado a encarnarla tan egregiamente en la inmortal pareja de *Don Quijote* y *Sancho;* en *Sancho*, que, al pronto, no cristalizó en la mente del autor al par de *Don Quijote*, porque no era un individuo, era todo un medio social, que, al fin, se personificó en la viviente contraposición del sublime loco. Y de aquel duro luchar de Cervantes, cuerpo a cuerpo, con la realidad adversa, procede la acerba y patética ironía que brota a cada paso del contraste entre el delirio caballeresco y altruísta del *hidalgo* que imagina derrotar ejércitos poderosos o desencantar princesas, cuando dispersa manadas de carneros o interpela en fablas altisonantes a zafias labradoras, y la mofa cruel con que el coro de villanos escarnece su generosa locura.

En ese borde de abismo, en esa linde moral, en esa brava rompiente de la hinchada ola azul de la fantasía contra el recio cantil de la realidad inconmovible, vivió Cervantes los largos años de su ingrato peregrinar por tierras andaluzas. ¡Y cuántas veces su espíritu de ensoñador y de poeta se erguiría rebelde y desesperado en aquella arista de precipicio en que oscilaba su vivir entre sus visiones internas y la sórdida reyerta sobre cahiz de trigo de más o maravedises de menos; que obsedía su atención y dispersaba sus ideas! Y como del perenne tránsito, de la cegadora alternativa del celeste ensueño a la negra realidad, brota espontánea y fatal la ironía de los altos espíritus, de los que ven de un solo mirar rostros y conciencias, y comparan constantemente el arrastrarse de larva del instinto con el excelso volar de la aspiración, y porque todo lo comprenden, saben perdonarlo todo y castigar con el mudo fallo de una blanda sonrisa

la cruel agresión del ajeno egoísmo, así surgió del alma de Cervantes el raudal de mansa ironía y de patético sarcasmo que empapa las páginas eternas de su libro insuperable. De aquella larga prueba en la adversidad y de aquel acerbo fermento de dolor templado en misericordia, surgió el alma del inmortal *hidalgo*.

En cuanto a *Sancho*, aunque Menéndez y Pelayo le señala un precedente en el *Ribaldo* de la *Historia del caballero Cifar*, y aunque el *Ribaldo*, en efecto, parezca un embrión de *Sancho*, no sólo por su jugosa habla popular, cuajada de refranes, sino porque «procede como rústico malicioso y avisado socarrón y ladino, cuyo buen sentido contrasta con las fantasías de su señor, a quien, en medio de la cariñosa lealtad que le profesa, tiene por «desventurado e de poco recabdo», sin perjuicio de acompañarle en sus empresas y sacarle de muy apurados trances» (11), esta innegable semejanza parece una de las muchas que se dan en la vida y en el arte, no por parentesco ni derivación, sino por mera coincidencia. Porque *Sancho*, y esto cuanto más se le estudia, más distintamente se ve y se palpa, no es producto de imitación: a tener modelo delante, hubiera surgido ya diseñado con resueltos contornos, como figura moldeada sobre otra, y no fué así: todo indica que al esbozar su magna obra no tenía Cervantes concepto previo y fijo, ni modelo literario ni real de *Sancho*, como lo tenía de *Don Quijote*, cuya colosal figura se proyecta desde luego sobre el embrionario cosmos, como ánima y centro de él, sin que el autor pareciera aún preocuparse de aquel otro humilde hijo de su fantasía, surgido de ella casi fortuítamente, cuando al detenerse a contemplar su creación halló que era buena y quiso dar ensanchas a las aventuras del hidalgo y darle a éste un escudero; así, al presentar a sus lectores el buen *Sancho*, dice de él que tenía muy poca sal en la mollera, «gratuíta afirmación desmentida luego por sus donaires y agudezas», escribe Unamuno, y «además, buena prueba—observa Rodríguez Marín—de que *Sancho* no se modeló de una vez en la fantasía de Cervantes, sino tras diversos tanteos y rectificaciones» (12); y, en efecto, ni aun de los nombres del honrado escudero y de su oíslo parecía muy seguro el autor, según los llama alternativamente, a él *Sancho Zancas* o *Sancho Panza*, y a ella, ya *Mari Gutiérrez*, ya *Juana* o *Teresa Panza*.

En suma; todo indica que cuando plasmaba Cervantes la gran figura de *Don Quijote*, tanto por imposición de la parodia andantesca, cuanto por necesidad de su creación, como punto de referencia y de contraste, como interlocutor ineludible para exteriorizar el carácter del héroe, como contraposición tan necesaria como las sombras para avalorar la luz, íbasele formando entre los dedos la figura de *Sancho*, primero como personaje complementario y mera antítesis de *Don Quijote*, después con vida independiente y propia, como criatura real, compleja, perfectible, humana, que poco a poco, al influjo de su señor, se pule, educa y redime de sus nativas groserías y egoísmos en aquella democrática y cristiana comunidad española de entre amos y criados, que hizo de estos últimos lo que tan ejemplarmente se llamaba en todo hogar de bien nacidos: *la familia;* con lo que el escudero viene a cristalizar, como el caballero, en un sér de reciedumbre simbólica, e inscrito en el propio nimbo de luz que el *Ingenioso Hidalgo*, comparte con él la solitaria inmortalidad reservada a estas dos creaciones estéticas, las más grandes que la Humanidad ha producido.

Porque para nosotros, españoles de las dos Españas, para cuantos hablamos esta soberana lengua, *Don Quijote* y *Sancho* son dos personas perennemente vivas de nuestra gran familia hispana, a quienes asociamos a cada paso a nuestro sentir y a nuestro pensar; que viven al par nuestro, que asumen nuestra enorme vida étnica y dan carne a este habla, que es sangre espiritual de nuestra estirpe, y no sólo para los de nuestra raza, para los hombres todos, *Don Quijote* y *Sancho* son dos grandes amigos tricentenarios, inmortales, que por las sendas de la vida caminan al lado de las generaciones que pasan, como dos genios tutelares de la Humanidad que se renueva y persiste.

¡Cómo no gloriarnos de que aquí, en este solar de la inspiración hispana, nacieran a

eterna vida esas dos asombrosas criaturas estéticas! Y todo, como de consuno, demuestra que aquí nacieron; todo nos revela y nos alumbra con luces cada vez más claras, el momento en que se produjo la soberana creación, el estado espiritual de su autor al producirla, los estímulos y los influjos que sobre él actuaron, y los elementos internos y externos, esenciales o técnicos, literarios, afectivos y locales que la integraron.

Remontando el curso de la cultura de Cervantes, descubrimos en ella una primera iniciación académica, adquirida, sin duda, en alguna grande escuela del Renacimiento, que insisto en creer que fué Salamanca, donde a la par se empapó en las ideas de Platón, a través de León Hebreo, en las pastorales de Sannazaro y sus imitadores, en la literatura polémica del Renacimiento, donde dice Menéndez y Pelayo que hay que buscar la filiación de Cervantes, y en la castiza y tan sugestiva lectura de las *Celestinas*, en la primera e inmortal que el autor del *Quijote* llamó

«libro en mi opinión divino»,

en la segunda, que fué lo mejor que produjo el malaventurado autor de *Don Florisel de Niquea*, y donde en el haz de truhanes, pajes, taberneros y daifas que cercan al *Rufián Pandulfo*, advierte Menéndez y Pelayo «la palpitación de vida y algo semejante al bloque informe, del cual, por magia de arte, surgiría en su día el grupo clásico del patio de *Monipodio*» (13). Y aun más se deleitaría Cervantes en la mejor hablada de todas las *Celestinas*, en la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia*, que contenía referencias de las costumbres estudiantiles de Salamanca, «alguna de ellas tan peregrina—dice Menéndez y Pelayo—como la fiesta de *Panza*, que acaso no fuera ajena al nombre que dió Cervantes a su escudero» (14).

Y es muy de observar que si de Salamanca pudo muy bien proceder—a través de la tragicomedia o de la tradición—el apellido de *Sancho*, de Salamanca parece proceder más directamente el nombre pacífico de *Don Quijote*: *Alonso Quijano*, hallado por mí en los libros de matrículas de aquella Universidad, donde también hallé el de un Cachupín, natural de Laredo—sabido es que en el *Quijote* se cita a los *Cachupines de Laredo*—, y encontré además los nombres de dos personajes de *La ilustre Fregona: Diego de Carriazo* y *Don Juan de Avendaño*, el último de los cuales es, en la novela, el padre del *Don Tomás* que se casa con la protagonista *Constanza*, y en la realidad, un caballero de carne y hueso, que desde Trujillo del Perú remite mil reales a doña *Constanza* de Ovando, sobrina de Cervantes; y si pareciesen pocas estas reminiscencias salmantinas, recuérdese que también lo son en el *Quijote* los siguientes cuatro versos de los sabidísimos de *Urganda*:

«¡Qué Don Alvaro de Lu-
Qué Rey Francisco en Espa-
Qué Aníbal el de Carta-
Se queja de su fortu-»,

reproducción casi literal de otros de cierta ofensiva glosa que Fray Domingo de Guzmán, vencido en unas oposiciones por Fray Luis de León, hizo de las célebres quintillas de este inmortal poeta:

«Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado».

Y como la glosa de Fray Domingo quedó inédita y archivada en Salamanca desde 1581, no parece verosímil que Cervantes la conociese, sino habiéndola aprendido de viva voz y como rasgo de actualidad palpitante en Salamanca y en aquellos días. Y a mayor abundamiento, de

Salamanca proviene el precedente real más semejante al género de locura andantesca que padeció *Don Quijote*: el caso del estudiante salmantino, de quien refiere el Conde de Guimerán, «en cierto cartapacio fechado en 1600», que embebido en la lectura de un libro de caballerías, empuñó el montante y comenzó a jugarlo y esgrimirlo en el aire, en defensa del imaginario caballero [15]. Reminiscencias salmantinas que no me parecen desdeñables para el estudio de la producción de Cervantes.

Pero sobre toda otra influencia vemos sobreponerse en la mente del soberano escritor el prestigio de los poetas andaluces, a quienes tan apasionadamente encomiaba; su culto al cordobés Juan de Mena, a quien elogia en el *Quijote*, donde en cierto pasaje le imita, a juicio de Menéndez y Pelayo; y hallamos que en lo que más vale como forma en el *Quijote*, el diálogo y el raudal generoso del habla popular, tuvo Cervantes por primer iniciador y maestro a un sevillano, a Lope de Rueda, a quien el novelador sin ejemplo admiraba como prosista, como dramaturgo y como representante; a Lope de Rueda, que llevó a la escena la prosa de la *Celestina*, chorreando verdad y savia generosa, aligerada de su excesiva opulencia al saltar del libro a las tablas; y aquella transfusión de habla viviente y de castizo léxico, no fué perdida para el Cervantes novelista; como tampoco lo fué para el Cervantes dramaturgo el ejemplo de nuestro Juan de la Cueva, en quien valió más que la dramática híbrida, despilfarrada y, en ocasiones, monstruosa, el arranque insurreccional con que, anticipándose a Lope de Vega, reconquistó para España la escena, en que Italia imperaba, animándola con el revuelo colosal de nuestra historia, transfundiendo la heroica sangre de los romances viejos por las venas del Teatro, y reviviendo en los corrales sevillanos del siglo XVI los héroes del Romancero y de la Crónica.

Tampoco fué estéril para Cervantes el prestigioso influjo de los otros grandes ingenios sevillanos de aquel siglo, por él tan fervorosamente alabados; y sabido es que con jirones de las áureas prosas de Fernando de Herrera y del Maestro Medina, tejió el autor del *Quijote* la dedicatoria que hizo de su primera parte al Duque de Béjar. De suerte, que Andalucía penetra por todos los poros del gran libro. ¿Qué más? Hasta los versos de cabo roto que usó el autor en las décimas de *Urganda*, eran invención de un poeta sevillano, Alonso Alvarez de Soria, quien empleó aquella combinación métrica en una décima satírica:

«Envió Lope de Ve-
el libro del Peregri-
al Señor Don Juan de Argui-
a que diga si está bue-.»

Y justamente con el libro del *Peregrino*, verdadera manzana de la discordia entre los ingenios de aquel siglo de oro, con la estancia de Lope en Sevilla, de 1600 a 1604, y con la enemistad entre Lope y Cervantes, surgida o recrudecida en aquellos días, coincide y se relaciona estrechísimamente la redacción de la primera parte del *Quijote*.

Aquella enemistad, que no era simple desavenencia entre amigos y colegas en Apolo, sino formidable rivalidad de artistas, duelo entre dos gigantes de las Letras, puso valentísimas alas de emulación a la mente de Cervantes, el cual, preso, desvalido, calumniado, sin duda, por la injusta opinión, ofendido tal vez y provocado por aquellas formidables jactancias con que Lope, el «poeta de los cielos y la tierra», el endiosado y el ególatra, a quien Alarcón llamó envidioso universal de los aplausos ajenos, y de quien dijo Tirso

«que niega el habla a su amigo
cada vez que escribe bien»,

se proclamaba en *El Peregrino* «único y solo en el ingenio y en las desdichas», quiso tomar de su formidable rival una venganza épica: *El Quijote*.

Quiso derramar en un libro único en los fastos humanos, todo el contenido moral y estético de su grande y creadora alma en su plenitud magnífica, y escribió aquel libro entre los hierros de una cárcel, como por destino singular se escribieron los libros más significativos o más grandes de nuestra opulenta literatura, en reclusión o en confinamiento: así el *Rimado de Palacio*, del canciller Ayala, así el libro del Arcipreste de Hita, *Comedia humana* del siglo XIV, así *Los nombres de Cristo*, del maestro León, y *Las moradas*, de Santa Teresa.

Y como engendrada entre el estrépito y baraúnda de la Cárcel Real, tras de las azarosas andanzas de Cervantes por más de sesenta pueblos de Andalucía y Extremadura, y bajo el buído acicate de la emulación provocadora, toda la primera parte del *Quijote* vibra como con jadeo y sobrealiento de combate, predominan en ella la acción, los episodios de lucha, los cintarazos, los golpes y asendereamientos del hidalgo; obsede al autor la preocupación de la parodia caballeresca, o más bien de la persistencia andantesca en determinada forma y en determinado sujeto que bien pudo ser su modelo vivo y presente; hay algo aún de abocetado y embrionario en aquella obra, concebida como para cuadro de una sola, capital, dominante figura: *Don Quijote*, y dentro de las dimensiones de las *Novelas ejemplares*, que fué como por sorpresa y por milagro del acierto y del sumo goce de la bien lograda producción estética, creciendo entre las manos de su autor, de suerte que en el barro en que está amasado el gigante se advierten las ampliaciones y suturas y se ven las marcas de los dedos creadores.

Fuera cual fuese la causa ocasional de la creación de *Don Quijote*, yo entiendo que no procedió de una mera anécdota, de uno de los casos de alucinación producidos por las lecturas caballerescas, según indicó Menéndez y Pelayo, ni está la figura de *Don Quijote* vista a través de ojos ajenos ni con mirar retrospectivo, sino como realizó Cervantes sus mejores obras, con presencia del modelo vivo.

En cuanto a la génesis y elaboración del gran libro, la redacción de cuyos capítulos primeros parece simultánea con la de *Rinconete y Cortadillo*, cuanto más se las estudia tanto más claro se percibe que los modelos vivos, el personaje, la geografía, el ambiente, el habla popular con sus gracias y sus rasgos inconfundibles, los modismos del autor, sus encarecimientos hiperbólicos, sus finas ironías, sus inagotables donaires, cuentos y agudezas, sus enfáticas repeticiones, su riqueza paremiológica, sus inequívocos giros y provincialismos, proceden de la Andalucía de entre los dos siglos de oro, de aquella en que Cervantes vivió compartiendo entre Sevilla y los campos, ciudades, pueblos y aldeas que la circundan como espléndido señorío, los quince años anteriores a la creación de la novela única.

Lo que fueron las pinturas—telas, frescos o cartones—de Goya para el Madrid del siglo XVIII, y los cuadros de Velázquez y las comedias de Tirso para el Madrid del XVII, fueron las novelas de Cervantes para la Andalucía, y singularmente para la Sevilla del siglo XVI.

Toda la vida regional de Andalucía, recibida como atávica herencia de sus abuelos cordobeses, vivida desde la niñez en Córdoba, y en Sevilla paladeada y estudiada en la edad madura, en todos sus aspectos urbanos, lugareños y campestres; observada con ojos de pintor, de psicólogo y de poeta sin par, en todos los medios sociales de la capital andaluza, desde la suntuosa posada de su amigo el ex comediante Tomás Gutiérrez, en la calle Bayona, tan abundante en esclavos y esclavas para el servicio, como en camas de damasco y tapices y vajillas de plata, cuyo huésped, que se jactaba de aposentar lujosamente a magnates y señores, pudo gloriarse de albergar al emperador del habla castellana; desde la reverenda morada del racionero Porras de la Cámara, el que para deleite del cardenal Niño de Guevara copió las *Novelas ejemplares*, hasta los celebérrimos Compás de Sevilla, corral del Alamo barrios de San Román y de la Feria, *non plus ultra* de la bravuconería; desde las huertas de las Cuevas y del Alcoba (16) hasta la trianera

casa de *Monipodio* cerca del molino de la pólvora, con tal magia de arte perpetuada en *Rinconete y Cortadillo*, que aspiramos el olor a búcaro húmedo, de los recién aljofifados ladrillos de su célebre patio perfumado de albahaca; así como en *El celoso extremeño* sentimos pulsar aquella doble vida sevillana de que hablé antes, tumultuosa y cosmopolítica, junto al río que nos comunicaba con América; recogida, prestigiosa, oriental, en los barrios antiguos de encrucijadas morunas; y en *El coloquio de Cipión y Berganza* reviven con fuerza y esplendor de realidad las calles y las gentes de Sevilla; y en el *Quijote* al volver de cada página damos con lugares andaluces: la almadraba de Zahara, *Finibusterre* de la picaresca, la playa de Sanlúcar, la sima de Cabra, la Rondilla de Granada. las islas de Riarán, el Potro de Córdoba, los Percheles de Málaga, todas las universidades del hampa, y el mesón de Castilblanco, donde empieza la acción de *Las dos doncellas*, y el puerto de la Herradura hacia Vélez Málaga, y la cuesta de la Zambra, entre Málaga y Antequera, mencionados también en el *Quijote*, y otros cien mil lugares de la tierra del sol, recordados en todas sus obras; y con mayor prestigio aún que los lugares viven en las páginas cervantinas las gentes del hampa andaluza: la *Cariharta*, la *Escalanta*, la *Gananciosa*, *Chiquiznaque*, *Repolido*, *Maniferro*, *Ganchuelo*, *Silbatillo*, *Tagarete*, y más que todos *Cortado y Rincón*, el grupo inmortal del patio de *Monipodio*; y en la casa y en las gentes que alientan en *El celoso extremeño* perdura un medio de la vida sevillana de aquellos días, y con la visión de los lugares y de las gentes guardan las páginas de Cervantes la memoria y el sabor de los manjares y de los vinos andaluces, y así nos recuerdan, como Rodríguez Marín consigna, «los garbanzos de Martos, y el jamón de Rute, y las perdices de Morón, y las blancas hogazas de Gandul, y los molletes y mantequillas de la ciudad del Betis, y los vinos de Cazalla, Alanís y Guadalcanal» (17).

Desde todas las grandes páginas del *Quijote* se columbran horizontes andaluces o se paladean gracias, donaires y remembranzas de aquella tierra. En las *Novelas ejemplares* perviven como en parte alguna perpetuadas la topografía, la iconografía y la psicología de la Sevilla del siglo XVI.

En *El celoso extremeño*, novela que escribió Cervantes tan unimismado con la vida sevillana, que ni asunto ni caracteres pudieran darse en otro medio, y donde se respira el ambiente de las calles apartadas y de las viviendas orientales de aquellos días, trazó el padre de la Novela una descripción de la *gente de barrio* sevillana, que fué dolor que al corregir su obra la sacrificase a la armonía y sobriedad del conjunto, pero que Sevilla debe recoger del borrador inenestimable como un jirón de su historia. ¡Y qué decir de *Rinconete y Cortadillo*, donde la vida del hampa sevillana aparece como con manos de luz transportada desde la realidad viviente a la cumbre inmortal del arte!

Así eternizó Cervantes la geografía pintoresca andaluza al tocarla con su pluma de oro, e incorporó los campos y lugares de nuestra tierra a la geografía poética del mundo; y con razón dice el ilustre Icaza, refiriéndose al *Coloquio de los perros*: «Si Montilla era la tierra de los Priegos, desde que el *Coloquio* se escribió es, además, la tierra de la Camacha y la Cañizares.»

Pero no trato de reducir a sólo Andalucía el campo de la visión de Cervantes, que abarcó tanto mundo y tal muchedumbre de gentes y de vidas reales o inventadas, en su multiforme existencia y en sus copiosísimas lecturas; estudio los precedentes del *Quijote*, obra concebida y comenzada en Sevilla, creada al beso de aquel sol y al influjo de sortilegio de aquel ambiente, nutrida desde la medula a la epidermis de savia y vida andaluzas; pero que no sólo de vida regional se nutrió y produjo, no; en su magnitud y complejidad de cosmos entraron elementos de toda la vida nacional; con puñados de arcilla recogidos en todo el suelo ibero y con jugo de largas experiencias dolorosas amasó el autor el barro genesíaco de la gran novela, transfundiendo a su estilo, con las lumbres de su cultura, el zumo agridulce de sus desengaños templados en misericordia.

Hoy que la mecánica subdivisión del trabajo achica, automatiza, desintegra la sintética y magnífica personalidad humana, cuesta esfuerzo el reconstituir cada uno de aquellos gigantes que con sus titánicos bríos entallaron en roca viva la colosal estatua de la España Mayor; pero sin medir la altura y multiplicidad de tales hombres no pueden medirse las proporciones asombrosas de aquella España ingentísima.

Uno de aquellos proteicos Atlantes fué el autor del *Quijote*, que vivió los más grandes y trágicos sucesos y los más varios y típicos aspectos y actividades sociales de nuestra Historia en los días de su gloriosa plenitud, pasando del aula madrileña de López de Hoyos a la domesticidad del cardenal Aequaviva en Roma, y de allí a la libertad de la soldadesca y a la noble esclavitud de las armas, y combatió en la sangrienta y gloriosa batalla de Lepanto, y en la jornada de Túnez, y padeció el bárbaro asalto y apresamiento de piratas en la galera *El Sol*, el duro cautiverio en Argel y la errante vida del pretendiente famélico en la corte, y libró las prosaicas batallas del Fisco y la Administración por tierras andaluzas y extremeñas; y empujado por el oscuro deber profesional, por el infortunio y la pobreza, confundióse en Sevilla a la vida popular, lindante con la picaresca, y estudió el hampa en vivo y en su propia pintoresca geografía y en su fangoso remanso de la Cárcel sevillana; y vió la pálida cara de la envidia entre las tablas y los lienzos del teatro y en los mentideros y academias; y probó el desamor en el propio hogar, la perfidia de los émulos, la mordedura del hambre, la humillación de la pobreza; y de todas aquellas amargas y crueles experiencias, purificadas en la serenidad de su espíritu y transfiguradas en su mente creadora, formóse y se modeló entre sus manos de egregio artífice aquel nuevo mundo estético que compite en realidad y en espiritualidad con la propia vida humana.

Aunque no nos sea dado celebrar con fiestas oficiales al autor de la más prodigiosa creación humana, no importa. Basta con que a los dos lados del Atlántico cuantos se glorien de españoles recuerden el día en que el soberano escritor murió a la vida y nació a la inmortalidad; que para cantar tal fecha no hay himno como el rodar eterno de la ola magnífica y triunfal de esta soberana lengua que Cervantes supo hacer tan suya.



NOTAS

(1) Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Julián Ribera y Tarragó, el día 6 de Junio de 1915. V. el de D. Julián Ribera, págs. 9 y s. y pág. 57.

(2) Así la llama Menéndez y Pelayo.

(3) «Sevilla en el siglo XIII». Por Antonio Ballesteros. Madrid 1913, pág. 47.

(4) Don Julián Ribera.—Discurso citado, págs. 40-41.

(5) «Historia de la poesía castellana en la Edad Media». Tomo I, pág. 79.

(6) Idem. Tomo I, pág. 350.

(7) Segunda parte del Quijote, cap. XLIV.

(8) En carta de Sevilla a 29 de Abril de 1576, y refiriéndose a su hermano D. Lorenzo, dice de la Santa: «Ahora está retraído por nosotras y fué gran ventura no le llevar a la Cárcel, *que es aquí como un infierno.*»

(9) Menéndez y Pelayo: «Cultura de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote». Estudios de crítica literaria. Cuarta serie.

(10) Así la definió Menéndez y Pelayo.

(11) Menéndez y Pelayo: «Cultura de Migue de Cervantes»... etc.

(12) *El Ingenioso Hidalgo | Don Quijote de la Mancha* | Compuesto por | Miguel de Cervantes Saavedra | Edición crítica | anotada por Francisco Rodríguez Marín... Madrid... MCMXVI.—T. I., pág. 252.

(13) «Orígenes de la Novela», Tomo III.

(14) Idem.

(15) Menéndez y Pelayo: «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote».

(16) Conocidísimas huertas próximas a Sevilla, la primera de las cuales en la del Convento de la Cartuja; cítalas Cervantes en «El rufián dichoso»:

«dales limones las Cuevas
y naranjas el Alcoba».

(17) «Rinconete y Cortadillo». Novela de Miguel de Cervantes Saavedra. Edición crítica, por Francisco Rodríguez Marín.—Sevilla, 1905. Pág. 192.

